

CARGADO DE
AVES

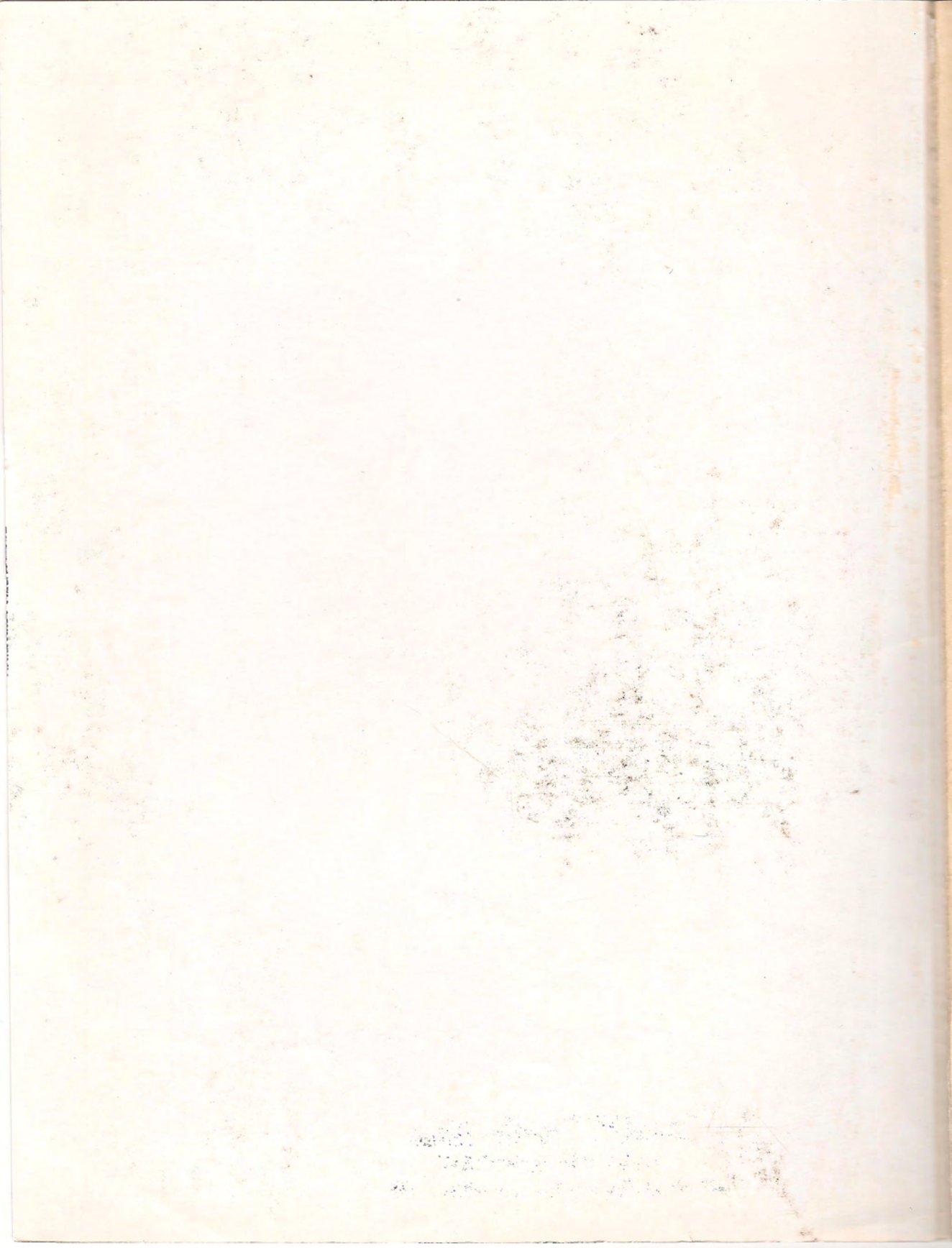


colmena

universitaria

67

edición en homenaje a armando olivares



colmena

universitaria

PUBLICACION TRIMESTRAL DE LA
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Año 16 / número 67

Octubre de 1987

DIRECCIÓN: LUIS RIONDA ARREGUÍN

ISSN 0185-0776

Número especial dedicado a la memoria de Armando Olivares
en los veinticinco años de su muerte.

sumario

*Palabras del Doctor Santiago Hernández Ornelas,
Rector de la Universidad de Guanajuato* 3

*Las Ciudades y las Ideas
Armando Olivares Carrillo* 6

*Armando Olivares
Breve Semblanza
Eugenio Trueba* 42

Armando Olivares Carrillo

1910 - 1962

IN MEMORIAM

Palabras del Doctor Santiago Hernández Ornelas,
Rector de la Universidad de Guanajuato.

ESTE NUMERO DE nuestra "Colmena" es un pequeño aporte de la comunidad universitaria guanajuatense, a honrar la memoria del Señor Licenciado Armando Olivares Carrillo, en el XXV aniversario de su fallecimiento.

Los que tuvimos la fortuna de conocerle, de vivir con él el cambio de status del antiguo Colegio del Estado a Universidad de Guanajuato, los que compartimos con él sus ideales y su entusiasmo por alcanzarlos —a pesar de las limitaciones y obstáculos de todo tipo— siempre lo recordaremos con el sentimiento mezclado de la alegría de aquellos años de juventud y la pena por su prematura partida.

Con quienes no lo conocieron pero que han pasado por los claustros de nuestra Alma Mater, han disfrutado de funciones de teatro clásico español en nuestras plazuelas, han hecho uso de nuestras bibliotecas o han participado en labores de servicio social universitario, compartimos la gratitud hacia Armando Oliva-

Colmena

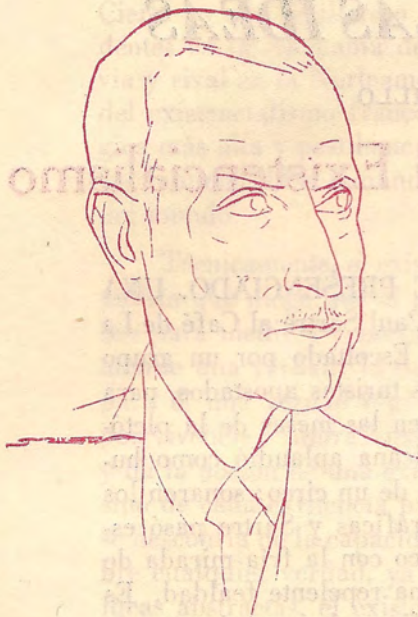
UNIVERSITARIA 3

res Carrillo por habernos dado las bases de una mejor y más grande Casa de Estudios, habernos dado la oportunidad de enriquecer nuestras vidas con la belleza e ingenio de los "Entremeses Cervantinos", "Fuenteovejuna" o "Yerma", habernos comunicado sus ideas y el lirismo en sus escritos y dado la oportunidad de servir a nuestros semejantes desde las primeras etapas de formación profesional, al instituir el Servicio Social Universitario por primera vez en nuestra Universidad y en nuestra Patria, no sólo como requisito de titulación, sino a todo lo largo de la carrera universitaria.

Además de publicar este número especial de la "Colmena Universitaria", la Universidad de Guanajuato se propone reeditar en este aniversario algunas de sus obras, realizar un Acto Académico de Homenaje, una función de teatro y un concierto de nuestra Orquesta Sinfónica, en su honor.

Es pues pequeño en formalidad el reconocimiento pero grande, cada vez más grande, el recuerdo y la estimación que sentimos por Armando Olivares Carrillo y su obra, los que nos preciamos de ser universitarios y guanajuatenses.

"LA VERDAD OS HARA LIBRES"



En las siguientes páginas publicamos varias estampas (pequeños ensayos) escritas por Armando Olivares como impresiones de viaje, hasta hoy inéditas. Probablemente su autor no las publicó en vida por considerarlas sujetas a revisión. Nosotros respetamos los textos tal como llegaron a nuestras manos y al publicarlos con motivo de cumplirse veinticinco años de su muerte, pensamos que estos originales no merecen permanecer desconocidos. Véase en ello una forma de divulgar el pensamiento del inolvidable fundador de nuestra Universidad.

LAS CIUDADES Y LAS IDEAS

ARMANDO OLIVARES CARRILLO

Ceniza y Soledad del Existencialismo

HE PRESENCIADO, UNA

de estas tardes, la llegada de Jean Paul Sartre al Café de La Flora, en Saint-Germain-des-Prés. Escoltado por un grupo de adeptos sacudió el interés de los turistas apostados, para esperarlo, tras los licores servidos en las mesas de la platórica terraza. Una vieja norteamericana aplaudió como hubiera podido hacerlo ante el desfile de un circo; sonaron los "clics" de algunas máquinas fotográficas y Sartre pasó espectacularmente barriendo al público con la fría mirada de sus ojos de estrábico, que le dan una repelente fealdad. Es aquí la catedral desde la que pontifica a los practicantes de la filosofía en boga; de aquí parte la oleada de popularidad que provoca la aparición de sus volúmenes rápidamente traducidos a los más importantes idiomas. Sin embargo, dudo que todas estas gentes que se llaman existencialistas lo sean verazmente, es decir, que a fondo sepan las implicaciones de la doctrina sartriana y que se responsabilicen de verdad con sus consecuencias lógicas. Creo que el esnobismo de los lectores de sus libros fáciles, a quienes excita la escabrosidad literaria, suple al conocimiento real de los planteamientos del existencialismo ateo. A estas gentes las divierten las experiencias de homosexuales que cuenta Sartre en "El Muro" con el mismo placer morboso que les provocan ciertas escenas de Maurice Druon o el escandaloso "L'Enfant de Choeur de Etiemble" (la trama de un incesto complicada con el contagio de una sífilis), o las perversiones de la infancia narradas por Raymond Guérin. Porque Francia, la Francia existencialista, parece hoy ufanarse de monopolizar la producción de la literatura más descaradamente sucia del mundo.

Colmena

UNIVERSITARIA 6

Cierto es que Guillermo de Torre le ha encontrado antecedentes en la Alemania de Kaestner o en la Italia de Moravia y rival en la Norteamérica de Miller, pero la inmundicia del existencialismo francés levanta hoy una oleada coprológica más alta y pestilente que ninguna de las provocadas por las innumerables inmundicias literarias de cualquier parte del mundo.

Técnicamente, el existencialismo es una filosofía irracionalista que niega que el pensamiento lógico le sirva al hombre para medir y conocer al mundo. El existencialista sólo admite una verdad: la de que existe, pero esa verdad no es para él una verdad lógica sino una certidumbre que capta por vivencia. Ahora bien, tal vivencia es siempre particular y da la noción de una existencia abstractamente considerada, sino de cada existencia particular de quien la vive. Por ello se desconfía de la capacidad de la lógica para revelar al hombre cualquier verdad, ya que mientras la lógica trabaja con ideas abstractas, el existencialista sólo sabe de la existencia de lo concreto. Es por esto que el existencialista, al no creer en las ideas universales ni en las afirmaciones aplicables a una generalidad, tiene que rechazar la existencia de lo Bello, de lo Bueno o de lo Justo, ya que estas son abstracciones cuya generalidad el existencialista no alcanzaría jamás a probar. Encerrado en su vivencia de existir, todo el resto del mundo le será dudoso. Entre su existir y el mundo de los valores generales media un abismo que no acertará jamás a cruzar. Pero la vida se le presenta al hombre como constante necesidad de elegir entre las múltiples acciones que puedan realizarse a cada momento. Mas, como para el existencialista no es real ni el Bien, ni lo Justo, ni lo Bello como ideas generales, la elección de sus actos no podrá orientarse por estas ideas; es decir, el existencialista tendrá que vivir eligiendo sus acciones sin tener un fundamento para justificar su elección. Y esto lo lleva a la angustia, porque si la verdad no puede ser universal, porque entonces no es verdad humana e histórica, tiene que ligarse al acontecimiento de

existir en lo singular y entonces también ella es acontecimiento histórico, que por serlo no escapa al común destino de la muerte. Al no poderse racionalizar el motivo de una elección, se choca contra la irracionalidad del mundo, causándose un hondo sentimiento doloroso. La existencia no es un concepto, no es una definición; es un acto que se capta en el existente. El mundo está formado de hechos que se limitan a ser (sein), regidos por un mecanismo necesario, y en medio de ese mundo, sin poder cambiarlo, pero libre para considerarlo y valorarlo como quiera, está el hombre, existiendo (dasein). Pero existe eligiendo irracionalmente y ello se parece al impulso ciego con que se salta en el vacío. Este constante lanzarse hacia lo obscuro es lo que nos demuestra las terribles consecuencias nihilistas del existencialismo, cuando menos el de la rama atea representada por Heidegger y por Sartre. Para nosotros, la libertad es la posibilidad dichosa de elegir la aplicación de nuestra conducta a la realización de ciertos fines y éstos están determinados por el reconocimiento de una jerarquía de valores que son los motivos rectores y la justificación de nuestra viva condición de hombres. Su reconocimiento ha sido una necesidad perenne en la historia de la filosofía, llámeseles ideas platónicas, formas de la Inteligencia divina, valores axiológicos, o como se quiera, pero toda cultura se finca en este indispensable reconocimiento. Pero vivir eligiendo irracionalmente nos sumerge en un enloquecido mundo, huérfano de finalidades. Elegir así no es ejercitar de veras la libertad, que es producto del espíritu, sino verificar un simple acto biológico sin sentido de preferencia. El existencialismo marchita y arrasa toda posición ideológica del hombre, sea cual fuere su postura



ante los problemas del mundo, lo mismo en el motor altruista de la abnegación, que en la construcción cristiana del bien o en la fundamentación marxista de la utilidad. Nada es válido universalmente, sino que cada quien establece su verdad. "Mis finalidades se confunden conmigo", escribe espantosamente Sartre y establece así el corte feroz que separa a cada hombre de todo otro ser con el que no le restará ya nada en común. Se llegará así a la fundamentación del egoísmo absoluto, del yo solitario. "Yo soy el ser por el que hay ser; es mi conciencia lo que hace que haya un mundo", dice Heidegger. No ha habido en la historia de la filosofía una doctrina en que la soberbia llegue hasta el absurdo, como esta filosofía existencialista, en que cada hombre es la caricatura de un dios o demiurgo.

Pero, a poco andar, el hombre-dios del existencialismo nos resulta un infeliz dios triste, un dios débil que no es capaz sino de convertir su incapacidad en furor. Tras de declarar al auditorio que él es el creador de lo existente, el existencialista se percata de que hay un auditorio, es decir, otros hombres que por ser sus semejantes claro es que también serán dioses creadores de sus mundos. Y al no poderlos abatir, al tener que sufrir su comunidad, el existencialista se ahoga entre el furor y la vergüenza. Hay que escuchar a Foulquié: "Yo estoy, por ejemplo, en un jardín público y contemplo un mundo de césped verde sobre el que se levanta una estatua. Todo esto existe para mí. Mas he aquí que otro paseante se detiene y contempla el espectáculo en el que estoy englobado. En seguida siento a mi mundo disgregarse y a sus elementos organizarse en torno del recién llegado; todas estas cosas vuelven hacia el otro su rostro que a mí se me escapa. El mundo me ha dejado, para ser cosa de otro. Pero el paseante me ve, entonces su mirada toma posesión de mí, del sujeto que yo soy hace un objeto de su mundo, es decir, me transforma en una cosa útil. De aquí la vergüenza y el sentimiento de ser un ser degradado a cosa". Entonces el furor se convierte en sentido de culpa y el existencialista

que vive en el mundo se siente desgraciado por el hecho de este vivir en el mundo. "Yo estoy de más con el otro, como el otro está de más conmigo", escribe Sartre y agrega. "Mi caída original es la existencia de otro; mi pecado original es la aparición de un mundo donde está otro". Encerrado cada uno en su existencia, no puede comprender a los demás. En esta triste filosofía, fruto de la guerra, el mundo del existencialista es un mundo de bestias enemigas. Pero ¿lo sabrán estos pseudo existencialista de Saint-Germain-des-Prés? ¿Lo sabrán estos invertidos en cuyo amor repelente buscan a los mozzalbetes con que se refugian en las cuevas de los cafés de París? ¿Lo sabrá esa vieja turista norteamericana que al paso de Sartre aplaude entusiasmada como ante un espectáculo que le alegra la vida?



La Arenga desde el Arco del Triunfo

HE PASADO LARGO

tiempo frente al relieve de Rude, el primer escultor moderno de Francia, en el Arc de Triomphe, de la Place de l'Etoile, en París. Siento inconteniblemente el temblor heroico de este espíritu que hace vibrar la piedra como una bandera bajo el viento. Una oculta voz fulgurante comenzó a dictarme el ritmo de la arenga.

“Hay un grito que vive y que revienta entre el bárbaro y denso cimiento de la Historia, que existe entresepulto bajo imperios oscuros, todos hechos de sombras, embebidos de lutos y empapados de sangre, grito eterno que brota y que conmueve los palacios antiguos sonoros de gemidos, allá donde nos miran las edades más viejas con sus ojos de piedra. Y conozco un incendio que camina, antorcha enorme para quemar al mundo y arrasar la impureza de la tierra, incendio que para y que calcina, pero con manos de arte funde estatuas de héroes y mártires, para dejar la Historia solemniizada y limpia como un gran templo todo poblado de colosos de oro.

“El vuelo del espíritu y el grito y el incendio: tal es la Libertad. Grito en la garganta del esclavo de Egipto, del ilota de Esparta y del siervo de Roma; lumbre encendida por la filosofía sobre los cañones de Francia que el pueblo apuntó contra el despotismo; vuelo del aire griego que agitó la fimbria de la victoria en Samotracia y que nos llega desde lejos, sobre el mar de la edad cuajado de ráfagas y estrépitos, para cobijar nuestro anhelo de ser hombres entre la patria universal, bajo la limpia luz de lo bello y de lo justo descendida de lo alto para cubrir nuestra flaqueza humana con un pronóstico de eternidad.

“La Libertad es un temblor oscuro que se gesta en la entraña de los pueblos, irrupción del torrente subterrá-



neo que desgarrar la tierra; temblor de las raíces poderosas que revientan la roca; temblor también de la crisálida que presiente, envuelta en el ovillo del encierro, la palabra del viento.

“Y sólo con la vida peligrosa y combatiente de un viejo hoplita, sólo con el esfuerzo con que, para vencer a la barbarie, movieron sus espadas de bronce, junto al mar de Homero, los viejos maratónidas, pueden los pueblos grávidos y estremecidos arrojar a la solemnidad del alumbramiento y en parto heroico hacer nacer la luz de libertad y comenzar a vivir por senderos ya claros, abiertos a las ráfagas del futuro, protegidos por la égida de la suprema dignidad.

“Pero la historia de la libertad dejó tras sí una huella de lágrimas y sangre y el ejercicio de su goce celeste tuvo raíces entre el sufrimiento. Sobre el paño de luto de la historia vemos pasar la sombra de los mártires: sudarios destrozados y coronas de espina; frentes enceradas con la palidez de los calabozos y cuerpos abiertos con las flores de las heridas del tormento; mujeres y ancianos, víctimas sin nombre que, entre las alas de la tiniebla helada, parecen dolerse del olvido, porque los que podemos ya vivir y amar libres y en paz, sepultamos muy pronto los nombres enormes de los muertos.

“Pero la gloria del sacrificio no fue inútil. Podrá

la fuerza matar a la idea y volver a matarla, pero la idea resucita siempre en el aumento de su dominio sobre el resplandor de las conciencias. El suplicio se gasta, se embohta el cuchillo, se consume el fuego quemando a sus víctimas, las leyes injustas se pierden en sus propios excesos; pero lo que salva al progreso del hombre es que, vencedor o vencido, el torrente de las ideas avanza siempre y no hay diques, ni el de la tortura ni el de la ergástula que resista al avance magnífico de esta marea que sube.

“¡En pie, osamentas roídas por el frío de la tumba! ¡Venida la luz de nuestra libertad que vuestras luchas prepararon, vosotros que habeis amado y sufrido, sacrificados egregios a quienes el destino abrumó de rigores, vosotros precursores de la vida, vosotros los que en las tinieblas del calabozo, en la angustia del hambre y en las durezas del destierro, de la persecución y del suplicio, habeis profetizado con voces de videntes y de oráculos el advenimiento de dignidad sobre la tierra! ¡Venid a enseñarnos el camino de la lucha, a acaudillar nuestra sangre despertada con la misma actitud del hijo combatiente, que en el relieve prodigioso de Rude, conduce al mozallete bajo el estremecido vuelo de la fimbria y el grito de bronce de la Marsellesa!”.

La exaltación va menguando. Ningún auditorio escucha esta arenga nacida entre la emoción silenciosa. Bajo mis cabellos una lumbre se empequeñece pero, todavía agitado, camino avenida abajo por las largas aceras de los Champs Elysees. A mi lado pasan grupos de mujeres elegantes. Lo erótico sustituye a lo heroico. Es el espíritu de París. Pienso en el verso neoyorquino de Tablada: “Mujeres que pasais por la Quinta Avenida —tan cerca de mis ojos, tan lejos de mi vida...” Pasan y me envuelven en perfume, en miradas y en risas.

Pero más allá de la Place de la Concorde, sobre los muros que bordean el Sena, cerca ya de donde los bou-

quinistes hacen las delicias de los bibliófilos y de los coleccionistas de estampas, he visto una serie de tiestos pequeños colmados de flores, colgados de los muros por sostenes de alambres a medio metro escaso del suelo. Las flores siempre están frescas, me dicen. Son ofrendas con que el pueblo de París ornamenta devotamente los sitios en que muchos hombres oscuros de la Resistencia francesa fueron fusilados por los invasores alemanes. Y otra vez la emoción nos aferra la garganta. ¿Cómo habrán sido los rostros, las actitudes de estos caídos que empuñando un rifle se opusieron solidariamente a la fuerza incontenible? Debieron ser rostros de gentes comunes, como el de éste que pasa desplegando un diario o de aquél que se acoda en la barda viendo el lento correr del río. En el fondo de mi intimidad conturbada siento que resuena obscuramente algo como un redoble de tambores solemnes, como un acento de clarines solemnes que tocan a silencio.



Francia o la Claridad

AQUI, EN “JEU de Paume”, entre el Jardín de las Tullerías y la Plaza de la Concordia, está todo el tesoro del Impresionismo francés. Manet, Monet, Sisley, Pissarro, Renoir, Degas, Cézanne, Seurat, Signac, Gauguin, Van Gogh. . . Las telas, a veces, parecen taladrar los muros y abrir ventanas hacia un mundo de luz de donde gozosamente entrara a borbotones el sol. Francia no ha querido mezclar estos cuadros con las miles de telas colgadas en las galerías tradicionales del Louvre que contiene muestras egregias de todas las escuelas de la gran pintura europea.

Porque “Jeu de Paume”, más que un museo, es un espléndido ejercicio de pedagogía estética donde no solamente se ha querido exhibir la belleza de los paisajes, de las figuras o de las naturalezas, sino donde se logra enseñarnos el sentido técnico del Impresionismo. Así, antes de subir a recorrer las galerías, quien penetra a la sala baja del museo encuentra una clara explicación mural en que se refieren las teorías de la luz y se muestran las aplicaciones de los colores puros y de sus combinaciones complementarias. Una vez aleccionado, el público puede subir.

Llamándolas “Extraversión” e “Intraversión”, C. C. Jung, profesor de Zurich, estableció las dos modalidades a que se ajusta la conciencia del hombre para entender la vida. La conciencia extravertida vive enfocada hacia la realidad exterior a la que considera como magnitud más importante que al mundo de la interioridad subjetiva. El introvertido, por lo contrario, vive vuelto hacia su internidad y ahí construye una imágen del mundo tejiéndola con la urdimbre de la imaginación y el sueño. Así se generan los dos modos sustanciales de la cultura. En el primero, la razón se preocupa por copiar el orden de las cosas con una

fresca nitidez sin mácula; en el segundo, la razón bucea entre una bruma cargada de símbolos y enriquecida de sugeridos misterios. En el primero, el hombre quiere abrir ventanas por donde el espíritu se bañe de luz y claridad; en el segundo, el hombre se cubre con espesas protecciones, atento al secreteo de los mensajes más hondos y brumosos del espíritu.

Descartes es el santo laico, el ejemplo francés de la claridad en el pensamiento, donde la decisión de librarse de prejuicios y rehacer el mundo sobre la base de una claridad lógica indiscutible lleva el afán de luz mental hasta los lindes de lo heroico. Es el mismo afán de claridad el que impulsa a Francia a la creación de la Enciclopedia, revisando bajo la nitidez racional, los datos dogmáticos de la vieja sabiduría que al arribo del Positivismo, en que, por horror a la obscuridad metafísica, se acepta como único saber real aquél que se funde en la prueba experimental de las leyes científicas de la naturaleza. Es ésta una teoría del saber que se niega a admitir otra realidad que los hechos y a investigar otra cosa que no sean sus relaciones causales. Es la reducción de todo conocimiento a la técnica de la experimentación. Es un afán de ver claro a base de demostrar la verdad repitiendo sus condiciones y comprobando sus verificaciones exactas. Veinte años de vertiginoso desarrollo científico dieron la impresión de que el hombre había encontrado el camino para penetrar hasta en las más lejanas regiones del misterio y este entusiasmo, generoso y pueril, contagió hasta las realizaciones del arte. Francia buscó la seguridad de la belleza en la repetición de las técnicas y fenómenos naturales. Es fácil recorrer este sendero alucinado en que se creyeron fundir las metas de la ciencia, la filosofía y el arte y que es buena muestra del afán de claridad de espíritu francés. Veamos como:

Christian Huygens, hijo de un gran señor de la cultura holandesa que asombra a Descartes y a Newton con su



versátil genialidad en matemáticas, astronomía, física y óptica, autor del “Cosmotheros”, donde la imaginación es un buen antecedente de Verne y de Wells, acaba publicando su “Traité de la Lumiere” cuya esencia es la de establecer que la luz, como el sonido, es fundamentalmente un movimiento ondulatorio, para cuya difusión en el espacio Huygens inventa el medio del éter, materia supersensible que no puede ser vista, pesada ni aislada. Toda esta teoría opera en el reino de lo invisible; se establece en secuencias mentales en que el cerebro tratará de esclarecer la realidad analizando los fenómenos más allá de los que permiten las potencias de los sentidos. Newton, en su “Optics”, al afirmar que la luz es una corriente recta de partículas minúsculas, combate a Huygens porque —argumenta— si la luz fuera honda, los objetos luminosos serían visibles incluso cuando se interpusiera un obstáculo entre ellos y el ojo. Por la autoridad newtoniana, esta teoría prevalece un siglo. Pero Tomás Young, el niño prodigio que a los seis años domina 12 idiomas que incluyen el árabe, el persa y el etiope, que entiende de matemáticas, de botánica, de literatura, pintura y filosofía, que es médico, músico, crítico y atleta, en su conferencia “The theory of light and colors”, renovó la teoría ondulatoria contra Newton. Pero las ideas de Young chocaron contra la autoridad del Marqués de Laplace, Júpiter olímpico de la Academia Francesa. Quince años más tarde, Fresnel, ingeniero militar francés, por pro-

pías investigaciones llega a conclusiones semejantes a las del prodigio británico. Y luego viene la catarata de los descubrimientos, desde Faraday hasta el contemporáneo Planck. Todo este pugilato técnico había durado demasiado tiempo y la pelea había sido demasiado ruidosa para que sus ecos no repercutieran más allá de las asambleas científicas. Y los pintores opinaron que no podían ser indiferentes a las novedades de su tiempo sobre la luz, sin la cual el color, y por ende la pintura, no se explican. Esto se discutió acaloradamente en el Café Nouvelle Athéna, en la Place Pigalle, en París, por el año de 1877. Desde este santuario se alborotó la pléyade de los impresionistas que encontraron en los problemas de la técnica un pivote para la revolución mundial de la pintura. Naturalmente en el pasado hubo pintores con técnica casi impresionista, pero la tuvieron sin deliberarla. Pero la implicación científica en el Impresionismo es clara. La nueva teoría trataba de hacer del cuadro una representación de la luz de color del instante, aprovechando sus unidades de acción más momentáneas. Se trataba nada menos que de pintar reproduciendo la física de los fenómenos cromáticos. El arte ingresó a la categoría de una experiencia científica necesitando vivir al aire libre como la teoría de la luz requirió la libertad del éter. La luz estaba hecha de ondas o de corpúsculos. Debía entonces pintarse con pinceladas curvas o con puntos redondos desunidos entre sí sobre la tela como en el aire lo estaban los corpúsculos o las ondas. Cada quien pinta con su coloración preferida: Monet con azul, Sisley con rosa, Pissarro con verde, Manet con negro, pero todos quieren captar un instante de color tal como vuela en el éter. Lo que importa es el sistema científico, no el objeto pintado, sea catedral o jarrón con flores, porque los objetos no son sino intermediarios para transmitir el color. La luz adorada por el impresionismo es fugaz, pero mata la permanente pintura anecdótica, la que quería contar episodios humanos. La apariencia de las cosas pertenece a la impresión del instante. Monet pinta docenas de veces el estanque de su jardín

para captar alguna levísima variación de la luz; Pissarro, Renoir y los demás pintan los colores de la luz del sol descompuesta por un prisma como lo habían probado las investigaciones ópticas de Bunsen, Rood y Kirchoff. Los artistas se apoyan y citan a la autoridad científica de Chevreul. Se elimina el dibujo "porque el aire corroe el contorno de las cosas". Esta afirmación parece un eco de las demostraciones en la pelea Newton-Young-Fresnel. Se piensa que en la luz y el aire la visión se transforma en un tapiz de puntos de color; parece vivir el espíritu de la teoría newtoniana. La expresión pictórica de todos los tiempos se empenó siempre en contar algo: la belleza de lo celeste, la excelencia de lo imaginado, la tragedia de lo real, etc. Mas por amor a la claridad, el Impresionismo francés desdeñó todo esto, para contar solo, científicamente, cómo es en realidad la luz. Y no es un azar que Van Gogh, con quien se llega al éxtasis sensual del color tenga la obsesión de pintar al sol, rey de la claridad, que flota en el cielo como una bola de fuego, al sol que derrama su poder sobre todos, los buenos y los malos, como rezan los libros santos; al sol fuente de luz por los siglos de los siglos. Con Van Gogh, nuevo Francisco de la pintura, Francia, como una labradora, se sienta en la campiña para adorar al sol.



Las Alas Quemadas

ESTOS CIENTOS DE

muchachas y de mozalbetes que pasan largas horas acodados en las mesas de los cafés existencialistas me interesan profundamente como los más claros ejemplos de la contemporánea descomposición de Francia. No asombra la exhibición estravagante de las cabelleras largas o rapadas y de las barbas crecidas ni es posible creer en la genialidad de su esnobismo ni en el pretendido raro oriente de su hipersensibilidad. Causan simplemente lástima porque es sabido que es ésta una desventurada juventud que llegó a la vida con las alas quemadas y que no sabe dolerse de su mutilación, porque no supone que exista otra mentalidad diferente de esta suya con que se regodea en el dominio de una áspera y sucia materia. No sabe tampoco que es el contrapolo de lo que fuera el espíritu tradicional de Francia. Porque fue Francia la que por lustros encabezó toda lucha entablada para rescatar al hombre librándolo de prejuicio y esclavitud, a base de afirmar la existencia de virtudes abstractas, con validez universal, levantándolas como bandera de una aspiración superior. Francia incendió al mundo con el lema filosófico de su Revolución en que se cuajaron todas las constituciones políticas fundadas en el reconocimiento de la existencia de derechos humanos. Donde quiera que brotó una aspiración libertaria, Francia fue el modelo a cuyo fulgor debían volverse los ojos. Así se formó el sentido moderno de la cultura europea, porque las grandes virtudes abstractas que auspiciaban el pensamiento político no eran sino fórmulas buscadas para un coexistir armonizado y la cultura no puede entenderse sino como una idealizada urdimbre de la convivencia humana.

Pero el tiempo ha corrido. La hora de prueba de la cultura occidental se abre cuando se inicia lo que Ortega y Gasset llamó "la deshumanización" como veneno que pare-

ció brotar del suelo en el mundo contemporáneo. Ahora hemos llegado a su extremo y ante el espectáculo de estas falanges existencialistas, cabe investigar de que árido y quemado campo del pensamiento se ha levantado toda esta ceniza que hoy se acumula criminalmente sobre las almas de las juventudes de Europa.

Algunos pretenden que las raíces más remotas de esta doctrina moderna podrían encontrarse incluso en Sócrates, es decir, en el último período de la filosofía clásica griega. Sin embargo, es evidente que el arranque doctrinario más real del existencialismo parte del danés protestante Soren Kierkegaard, alma nórdica, romántica e irracional, audaz en los abismos de lo infinito que ha sido resucitado por la crisis moderna para servir de inspiración a los filósofos de las entreguerras. "He llevado el agujijón en las carnes, como lo tenía Pablo", dijo en su lecho de muerte, explicando el resorte que lo hizo un angustiado y un solitario, características que lo emparentan con el hombre moderno. Sábese que su padre, que fue un pastor hambriento, un día maldijo a Dios. Un alma brumosa y mística como la de Kierkegaard no podía olvidarlo y el protestante vivió bajo el peso y la angustia de ese obsesivo recuerdo. Su problema es, por consiguiente, el de la salvación de su persona, que no pudo encontrar en la filosofía hegeliana, entonces en boga, que con ayuda de la lógica construía "sistemas", fórmulas-sepulcros del hombre real. "Lo que me importa —dice— es el saber para qué estoy yo destinado. No deseo la sabiduría vana de los filósofos, sino encontrar una verdad para mí, una idea en la que pueda vivir y morir. Mi pensamiento ha de fundarse en algo que esté unido con la raíz de mi existencia". Entonces, si la verdad se identifica con su interior subjetividad, él debe vivir solo en el mundo entero, sintiendo el dolor personal e íntimo de cuya infelicidad no puede ni quiere escapar, pues constituye su alimento trágico, la esencia en que encuentra la prueba de su propio existir. Lo que está fuera de nosotros es para él una mera apariencia



y la angustia y la desesperación fundan la noción del mundo. Estéticamente, la angustia se arraiga en la fugacidad del placer gozado un instante y que no vuelve. Éticamente, la desesperación es el acto con que se reconoce el ansia de infinito. Para buscar ese infinito hay que elegir el camino de nuestras acciones, empeñando todo el ser y sintiendo angustiosamente la presencia de nuestra libertad. Al elegir, el hombre es árbitro de su destino. La religión y la moral nos orientan para la elección de nuestros actos, pero —y aquí está lo extraordinario de Kierkegaard— mientras que la moral aconseja con apoyo en la razón, la fé, en instancia final, lo hace aun en contra de la razón a la que hay que desoír para lograr vencer. Para Kierkegaard, la moral es el último atentado de la razón para instaurar en el hombre una verdad emancipada de Dios, de la que se salva sólo con una religiosidad que debe ser una creencia desesperada en lo absurdo. Y justamente a esa postura irracional debe la filosofía contemporánea la fundamentación kirkegardiana del hombre. De la filosofía kirkegardiana brotan apotegmas extraordinarios: “Un hombre que no se angustia, no es un hombre”; “El saber pierde al espíritu”; “No hay filosofía o sistema sino el que sufre para producirlos”, etc. En realidad, todo Kierkegaard está en el Cristianismo, pero un Cristianismo exacerbado hasta la paradoja, que a través de un temperamento sin claridad, enemistado con todo sistema,

deforma los problemas de la fe y de la moral y llega hasta traicionar lo que suponía defender y hacer de la irracionalidad la categoría suprema de la persona.

Tras de Soren Kierkegaard, el abuelo común muerto en 1855, el existencialismo brota, de alguna manera, dentro de múltiples obras de la literatura y de la filosofía: Dostoyevski, Rilke, Barth, Unamuno, Berdaieff, Schestuw, aflorando ahora en el católico Gabriel Marcel o en el esencialista Louis Lavelle lo mismo que en los ateos Karl Jaspers, Martín Heideger y Jean Paul Sartre. Rasgo común de todos es el partir, para la ruta de la filosofía, de una vivencia existencial, concebir al hombre como temporalidad, devenir y transformación que se crea por la elección libre y que no puede ser entendida bajo la luz de un simple conocimiento intelectual. Como esa vivencia es siempre la experiencia de un existir concreto, el existencialismo constituye una filosofía de la solitaria singularidad. Los críticos ven en él, el estéril fruto arrojado por la crisis de nuestro tiempo, siendo una filosofía que desconfía de todo criterio tradicional de salvación, de todo sistema de ideas universales, así sea la moral o la justicia; filosofía que es como un último vástago corrompido del romanticismo con el que se identifica por su amor a las palabras de resonancia profunda, por la búsqueda de lo extraordinario, por la pasión a lo obscuro y a lo simbólico en la que el hombre, arrojado en el torbellino de una voluntad sin orientación, se sabe sólo hecho para la muerte que tras de la vanalidad de la vida surge como la vanalidad suprema. "El hombre es la nada, y al morir, lo que muere es la nada", ha escrito Karl Jaspers.

Es esta la descubierta raíz de donde parte la desviación espiritual que hoy aqueja a toda la legión de desorientados, de pseudo-intelectuales, de amoraes y de snobs que se acuertela en los cafés de Saint-Germain y que gasta su empobrecida juventud entre la práctica de las inversiones sexuales y el enjuiciamiento cínico de la vida. Ciertamen-

te esta legión está traicionando la calidad humana que clásicamente inspiró al alma francesa. Y es curioso que tal disolvente ético haya logrado arraigar precisamente aquí y que por su influjo se niega toda posible vinculación fraterna entre los humanos. Ciertamente el existencialismo ateo de J. P. Sartre es una mortal ponzoña en el corazón de Francia, la que quiso hacer de los hombres de toda la tierra una gran familia espiritual en que los muertos siguieran dilogando con los vivos, a través de las obras inmortales, para cimentar, vivos y muertos, la torre de oro de una cultura universal.



Las Mujeres de París

¡LAS MUJERES DE París! Para todo aquel que haya pasado algunas tardes en los cafés de Saint Germain o recorrido la Rue Royale o el Faubourg Saint Honoré y que además, quiera retener la fugacidad de sus impresiones atándolas a unas cuartillas con la cosedura de la pluma, escribir sobre las mujeres de París es una obligación ineludible. Porque sin ellas París no sería París. Podemos recordar Aviñón u Ostende sin que sea preciso resucitar las visiones de estos seres cuajados de frivolidades y de trinos, que tienen la fragilidad y la ingravidez de las flores o de los pájaros, pero nadie acometería el absurdo de intentar siquiera una leve semblanza de la vieja Lutecia con ausencia de estos seres amables que dan a París su calor y su color específicos. Sólo que se requiere la pluma de Enrique Gómez Carrillo, porque, pese al tiempo corrido desde la publicación de "El Libro de las Mujeres", aquel tan graciosamente dedicado al grave Sr. Dn. Emilio Mitre, las mujeres de París, en su generalidad, siguen teniendo el espíritu que Gómez Carrillo supo amar: ondulante, irónico y frágil.

Es tarea agradable la de revivir la serie de retratos que Gómez Carrillo iluminó con la luz rosada de su frivolidad elegante y agradable, también comparar esos medallones del modernismo literario con estas mujeres que hoy nos encuentran en los bulevares y cafés y que leen a Camus o a Sartre como antes lo hicieran con France o con Victoriano Sardou. Se podría así saber qué ha ocurrido en las almas femeninas en estos últimos años corridos entre los estallidos de las guerras y ante los horizontes sombríos de la miseria o de la invasión. Es necesario recordar, por ejemplo, a aquella Mme. Steinheil, la fascinante viciosa, la perturbadora criminal de los ojos "como los de las demonias antiguas que solían vestirse de colegialas", o aquellas Liane de Pougy

y Cléo de Merode, a quienes Gómez Carrillo llamaba exquisitas hetaíras vendedoras de inscripción, ingenio y elegancia, o aquellas que pasaban por los cafés cantantes con “maneras de gorrión y de pilluelo...” Es agradable recordar a las parisinas de los álbumes de Willette, de Helleu, de Bac o de Steinlen. Y me pregunto que pensaría Gómez Carrillo si fuera hoy a sentarse en Saint-Germain-des-Prés. Porque París ha cambiado mucho.

En el París cercano a mil novecientos, en que Domínicí escribía: “En Francia existen tres cosas sagradas: la mujer, el teatro y la comida”, la mujer conformaba su perversidad literaria leyendo la pornografía perfumada de Paul Bourget; en el teatro triunfaba Eleonora Dusse representando “La Dama de las Camelias” y se creía poder cimentar la gloria nacional con una buena cena en Maxim’s, Sarah Bernhardt encontraba un subterfugio ingenuo para ocultar que envejecía, vistiéndose de hombre y Camilo Erlanger escandalizaba al público con su “Afrodita”, sacada del libro de Pierre Louys, porque en la obra se amaban las dos tocadoras de flauta, infantiles y frágiles Rhodis y Myrto... Pese al modernismo, aquel París comparado con el actual, era un París en algo semipudibundo. Ciertamente que en el Elyssé Montsmartre el baile de Las Cuatro Artes se atestaba de mujeres desnudas, entre otras razones porque las telas escasas producían mayor efecto y eran más económicas... pero eso era cosa privada de la fauna enloquecida y enloquecedora de los bohemios, escultores, pintores, músicos, los que nada tenían de común con el hombre normal



que burguesamente asistía, acompañado de su vigilante mujer, a la Gran Opera o al Nouveau Theatre, y que se entusiasmaba con el estreno de Cyrano. Para las muchachas de hoy, cuyo paladar de post-guerra está acostumbrado a la literatura de René Etiemble, cargada de inmundicias, los libros del Sr. Bourget resultan pacatos y las espectadoras del "Huis Clos" o de la "Prostituta Respetuosa" de Sartre se sonreirían si alguien las invitara a una representación de "La Dama de las Camelias". No. Si Gómez Carrillo volviera al París de hoy, no obstante su apostura de mujeriego sin escrúpulos, se retorcería nerviosamente el bigote de mosquetero, desconcertado ante estos miles de hembras que durante los duros días de la guerra, sin pudibundez y sin perversión, aceptaban los caprichos de cualquier extraño a cambio del tesoro de un par de medias o de una caja de cigarrillos norteamericanos. Las mujeres de hoy, en París, pueden dividirse en tres grupos: las existencialistas de Saint-Germain-des-Prés, las elegantes de la Avenida George V y de la Rue Mermoz y... las demás, quienes, pese a su infinita variedad, se igualan bajo el común denominador de parisinas.

Las cinco de la tarde en Saint-Germain-des-Prés flotan doradamente dando un tono igual a las hojas de los árboles y a la pincelada de luz que yace en el fondo del ajenjo. "Saint-Germain-des-Prés, —nos había dicho André Salmon— que no fuera sino la antecámara del Faubourg Saint Germain o el vestíbulo de Saint Sulpice, lo debe todo a los cafés a donde viajeros de todos los puntos del globo llegan a contemplar al existencialismo en libertad". Y los existencialistas están aquí, alrededor de las mesas vestidas con los inevitables manteles a cuadros, en las terrazas de "La Flora" o del "Deux Magots". El visitante "de todos los puntos del globo" puede contemplar cabelleras que caen con lisura sobre los hombros sin saber, de pronto, si pertenecen a hombres o a mujeres, porque los dos sexos que aquí se confunden en su fácil tendencia a la inversión sin

rubor y sin escondite, han adoptado también una común apariencia. Estas muchachas, con la cabellera sin aliño y el rostro sin maquillaje, se sienten cómodas con la simplicidad de su sueter y pantalón descuidados o con su gabardina verde-gris, en el invierno riguroso. Con el cigarrillo colgando de las comisuras de la boca y su gesto espontáneamente cínico, esta juventud tiene el aire de quien todo lo sabe, sin secretos, y todo lo practica con hastío. La diferencia psicológica entre la modistilla entusiasta, generosa y lírica de Murger y la muchacha existencialista de Saint Germain dibuja la evolución sufrida en París por estas mujercitas que revolotean alrededor de los focos de la literatura y de la filosofía en los años corridos de este último medio siglo, desecadas espiritualmente por los fogaños de la guerra.

¡Y las elegantes de París! En la historia europea, la elegancia femenina de París corre ligada íntimamente con la historia de la espiritualidad francesa. La Duquesa de Abrantes nos ha dejado la deliciosa crónica de los salones aristocráticos donde la mujer presidió los destellos filosóficos y políticos desde la época de Luis XVI hasta el reinado de Luis Felipe, pasando por el Directorio, el Consulado, el Imperio y la Restauración, y por igual desfilan, en este dorado escenario, lo mismo las sacrificadas que las victoriosas, lo mismo Mme. Rolland en cuyo salón Brissot introdujo a la Gironda y que el Terror condenó a muerte por su elocuente genio puesto al servicio de la libertad, que la serie tornasol de las ingeniosas, las bellas, las inteligentes o las intrigantes: Mme Nécker, Mme. de Polignac, Mme. de Brienne, la Condesa de Genlis, Mme. de Montesson, de Stäel, de Saint Amaranthe... Eran aquellos los salones del Siglo XVIII, amueblados por Bul, practicantes de una literatura que fácilmente derivaba hacia la discusión sutil, escuelas de habilidad, en que a veces resonaron los pasos de Napoleón, emperador de Europa, como antes habían resonado las ásperas disputas de Dantón y de Robespierre. Y todavía durante el Siglo XIX, en aislados focos, los salones literarios de Lutecia hacían rutilar algunas

esplendorosas figuras femeninas. Recordemos a Mme. Armand de Caillavet, la amiga imperiosa de Anatole France, en cuya casa de la Avenida Hoche se reunían Clémenceau, Briand, Lotí, Moreás, Poincaré. . .

Pero agobiada por la doble calamidad de la pasajera ocupación alemana y de la más disolvente invasión de norteamérica, Francia apagó ya el fulgor espiritual de sus salones. Las brasas restantes de la gran fogata no logran representar el decoro del espíritu nacional. La elegancia se ha volcado al boulevard, pero no es ya depuradamente francesa, porque París es una gran tienda de comerciantes atentos a cambiar ropas y joyas por dólares a las turistas de Massachusetts o de Texas. Cualquier norteamericana cuyo marido vende tomates en Delaware o barriles en Pensacola podrá sentirse poseedora del tradicional "domaine de la parisienne" y al efectuar la clásica correría comercial (salir de la Place de l'Ame, recorrer la Av. George V, atravesar los Champs Elysees, subir por la Rue de Berri, seguir por el Faubourg de Saint Honoré, bajar por la Rue Royale y luego explorar la Avenida Gabriel, la Avenida Matignon, y la Rue Mermoz), se dejará aconsejar sobre trajes por Lola Proussac, sobre pieles por Mendel, sobre perfumes por Molinard o sobre joyas por Cartier. Sus amigas, en la población yankee de tercera categoría, al regreso de la excursionista, podrán comentar: "¡Es elegantísima! ¡Se viste en París!"

Pero los franceses siguen creyendo en la supremacía mundial de sus mujeres. Oigamos a Lucien Francois: "Aux carrefours du monde, chaque ville a sa spécialité Paris sent la femme chic. . .



El Secreto Resplandor de Asís

DIEZ KILOMETROS ATRAS,

Orvieto muestra los cientos de relieves esculpidos en las prodigiosas pilastras del Duomo. Están ahí la naturaleza y el mito, los ángeles y el hombre, el infierno y los cielos. No se puede olvidar ni los cándidos desnudos de Eva ni las muecas de los condenados a las eternas llamas. Y luego, Asís.

Asís, yo no he sentido tus caminos de tierra. He sentido de pronto algo como un deslizamiento hacia una profundidad íntima, algo como un adentramiento que me hunde en el calor de la propia vida. Llegar a Asís es como encontrarse de pronto entre el juego y roce de las duras cosas de la tierra, con una zona dulce en que vibran los íntimos resortes de nuestra bondad más oculta. No me importa la dulzura del paisaje italiano ni me conmueven las piedras seculares. Estas calles largas, por ejemplo, estos juegos ligados de arcadas altísimas, estas piedras rosadas de la Basílica de líneas austeras, pueden estar aquí o en cualquiera otra parte, porque Italia es generosa y es pródiga en dádivas de belleza. Pero en Asís, en el aire y en la luz, está flotando sólo la imagen del "poverello" astroso, que entra a presidir nuestra ternura despertada. Más que verlo, siento el gran rostro demacrado, pomuloso, de azules ojeras. Siento su mirada de celeste enajenado cuya bondad no se puede traducir con palabras, aunque se diga "agua", o aunque se diga "música" o aunque se diga "dulzura y suavidad de la tarde y del viento". El viajero sólo quiere cerrar los ojos. Sentir que lo va quemando, como una lenta llama, la tenue flama azul del amor. Sentarse en una piedra bañada de tibieza. "¡Laudato, laudato, mi Signore, fer frate Sole!"

El hombre antiguo, rodeado de su ciclorama de nieblas, no veía sino su propio cuerpo y las cosas materiales de su proximidad sobre las que ejercía su apasionado dominio. Pe-

ro a veces cantar es como esgrimir una espada. El canto cristiano brotado de las catacumbas, espada lírica que emergía de la tierra, desgarró el telón de bruma y el hombre pudo ver muy lejos, sentir que en la profundidad el tiempo se prolongaba en lo eterno y que al fondo de todo existía un autor del que dependían las cosas en la simple condición de partículas perecederas. Fue el derrumbe de la soberbia del hombre que el espíritu romano había elevado hasta amo y razón del cosmos. Es la humillación del que cae desde el carácter de dueño hasta la condición de dependiente; en el curso de la cultura occidental, ya el hombre podrá sentirse igualado a la brizna de hierba y al pájaro, en la profunda y perfumada poesía franciscana. Es el surgimiento de un mundo de paz que se contrapone a otro secular de la violencia justificada por la violencia, ambos con su inmensa teoría de ideas filosóficas cuyos paladines representativos se contraponen cuando la Historia nos presenta a Agustín frente a Séneca, el uno, ejemplo del mundo que viene, el otro, hijo e ideólogo del mundo que se acaba. Las implicaciones filosóficas del cristianismo irán a penetrar más tarde en la filosofía laica para arquitecturar idealmente el mundo moderno. Tres son las ideas que nacen de las catacumbas, de los mil kilómetros de galerías oscuras, sembradas de huesos: la igualdad de los hombres, la existencia de la humanidad y la elevación del amor como impulso de la convivencia universal. Estas ideas, sembradas más tarde en los campos de las diversas doctrinas, se convertirán en banderas de la acción política para transformar la faz del mundo donde quiera que haya hombres con ansiedad de ser redimidos. ¿Eran tales ideas originales o perfeccionamientos de la ciencia hebraica? ¿Se encadenaban con las ideas de la postrimería griega? La historia nos autoriza a decir que no. Entre las formas de la hermosa filosofía griega no existe ni una sola página en que no se haya admitido o supuesto la preeminencia de algunos hombres sobre todos los otros. Vanamente buscamos en la antigüedad algunas líneas que pudieran ser germen de un tratado sobre la igualdad; existe siempre la distinción in-

humana entre la raza que manda y los que deben ser mandados. Nunca hubo un hombre de Estado que aspirara a establecer la ventura de su pueblo en armonía con el bien de los demás. Si la República Romana saca una ventaja, toda iniquidad tiene entonces justificación y se acuña el terrible adagio "Homo Homini ignoto est lupus" No escapan a esto ni las más altas mentes del pensar griego, ni el realismo de Aristóteles, ni Platón, el de las ideas eternas cargadas de bruma poética. Entre las viejas escuelas no hay una sola que se eleve hasta encontrar el común origen del hombre, ni sospechan que puedan existir leyes extensivas a toda la especie humana. Aristóteles funda su República en la propiedad y en la raza y se abarca a los esclavos junto a los demás bienes. Platón confía el gobierno de la República ideal a una casta de guerreros. Hasta los hebreos, cuyas leyes mandan amar a los extranjeros, hacían excepción para la práctica de la usura y prohibían con ellos el matrimonio. No la idea de la igualdad sólo podían nacer cuando se pensó que todos los hombres provenían de un común origen, formando una sola y gigantesca familia, de iguales intereses, que se llamaría la humanidad. Y este concepto de lo humano se difunde entonces, por vez primera. Séneca, que habló primero vagamente de un derecho de la humanidad, temía ver conferido a todos los hombres el derecho de ciudadanía romana, cuando Claudio lo extendió a galos y bretones. Sólo en la fraternidad nacida en las catacumbas desaparece toda diferencia de origen, toda distinción de raza, y pequeños y grandes, mujeres y hombres, esclavos y libres, latinos, bárbaros y judíos, sintiéndose salidos de un mismo tronco, se dirigen juntos hacia un destino común. En estas ideas de lo común y de lo humano radica la auténtica eternidad de la cultura occidental. Nada, aparte de esto, ha sobrevivido a los mil novecientos años corridos desde el nacimiento de Cristo. Es preciso percatarnos de que los bloques que formaron la casta intelectual, los pilares de la cultura de Europa, están todos destruidos, como lo proclamó Waldo Frank, y que en el proceso de su desaparición está

implícita la historia de los tiempos modernos. Solo la idea de la igualdad humana, nacida con el cristianismo, resiste. Si la cultura no es más que el proceso que lleva la posibilidad de lo humano a su plenitud, si es labor de nutrición que da alimento al hombre hasta convertirlo en fruto bien logrado, maduro en su plenitud realizada, entonces la convivencia por el amor será necesariamente el más activo de los posibles cauces de la cultura. Rodeado el hombre de cosas en número infinito, amarlas por el bien que contengan, o por su verdad, o por su belleza, será descubrirlas como valores y consumirlas como alimento en que el mundo todo se transforma en nutriente materia para enriquecer las posibilidades del espíritu. El hombre vivirá en la cultura rodeado de amor, como las imágenes bizantinas están rodeadas de ese campo de oro que es el símbolo plástico de lo eterno. Y el sentido del amor a la Humanidad misma, hermosa en la posibilidad inacabada de su perfección, crece entonces como una divina planta. Encima brillan las luces, se dibujan las cruzadas y blancas manos inefables.



Las dos Eternidades de Roma

HE RECORRIDO LA

Roma solemne de la madrugada bajo una luna enorme que suscita y refuerza el misterio. El aire está lleno de brillos trémulos y en las calles, hondas como cisternas, la luz perfila monumentales moles negras. Hasta el asfalto bajan collados y colinas. Canta un pájaro al amparo de estos árboles ralos, como en "Los Pinos" de Respighi. Voy pisando paños de luz y entreveradas sombras, asomándome al borde de inmensos planos donde las reliquias de mármol brillan dispersamente bajo esta luna como fragmentos de una osamenta sin límites, entre el obscuro misterio de la tierra excavada. Esta alargada mancha bajo los pies, que me obliga a alzar los ojos, es la sombra de un emperador de bronce que levanta el dedo aleccionando entre el silencio. Arriba, brillantes corceles con alas que arrastran sus carros de triunfo, quieren galopar entre la claridad del cielo líquido. Aquí y allá los arcos desconchados, los resbalamientos de tierras oscuras, los desnudos muros de ladrillo. Tengo la sensación de ir pisando una tumba. Aguzo el oído tratando de rescatar un rumor escapado de toda esta gigantesca historia muerta. Se me antoja sentir un vasto fragor solemne, una sorda trepidación como de terremoto, una trompetería de legiones ahogadas bajo la tierra encubridora. Toda está en suspenso como en espera de algo. Pero yo siento que hay una gran fuerza viva debajo de esta cáscara de amontonados restos. Yo sé que rascando apenas esta tierra, debe en el surco del arañazo comenzar a correr la obscura sangre de los muertos. Tengo ganas de inclinarme sobre la barandilla de este panteón y gritar: ¡Sila! ¡Claudio!, ¡Aureliano! y esperar luego entre el silencio a que algo me conteste desde el confín, a que desde lejos parta un grito que me haga helar la sangre.

Hay que dejar el nivel de la calle, atravesar el Foro,

ir a cruzar la teoría de las estatuas alineadas a ras de tierra cerca del Palatino, para sentir, avanzando entre ellas, estas sus presencias quietas que con los ojos inmóviles parecen quedarse mirando nuestra espalda. Teatros, palacios, templos, plazas, termas, todo un mundo que yace despedazado con dispersión donde a veces sobresale una columna blanca como si en el derrumbamiento de una catedral de sonidos sólo hubiera quedado una sola nota, alta, persistente y limpia: Moles inmensas de tierra resbalada, rebatida por la trituración de los siglos. Ligazones de arcadas tras de las cuales no se cierra ningún recinto y que miran huecamente, como unas órbitas vacías. Aquí la lúgubre solemnidad de esta "Magna Vestigia" habla más siniestramente sobre el destino de toda la gloria humana que el lenguaje admonitorio de los profetas. Nadie logrará restaurar, con el mármol pulverizado que barrieron los siglos, este esplendor caído: rehacer las escalinatas monumentales, erigir las columnas, recubrir las techumbres o instalar en el templo resucitado los cuerpos blancos de los dioses arrojados ahora del imperio del cosmos, que sin poder y sin gloria, tuvieron el destino final de ir a alinearse en las galerías muertas de los museos internacionales. Sólo la sombra queda y el silencio y el difuso horror de lo muerto entre la noche sobrecargada de presagios. Pensaríase que los emperadores homicidas yacen aquí abajo, con los ojos abiertos, y que como en las prácticas de la magia egipcia, pueden levantarse un momento, antes de caer otra vez, para revelarnos la historia de sus asesinatos. Estarán aquí, espantosos. Nerón y Cómodo, Caracalla y Galerio, las regías bestias dementes, ebrias de sangre y de poder. Y nos atrevemos por las cuevas que son estas arcadas de ladrillo que perforan las ruinas de la base del monte Palatino, por estos lóbregos despedazamientos, buscando la sensación excitante de una aura que nos roza las sienes, adivinando que detrás surgen y caminan sombras de seres que miran fijamente, con los ojos enrojecidos, o esperando que algo imprevisto surja ante nuestro paso y desgarré la sombra con un alarido. Porque no podemos pensar en la Roma

clásica sin sentir que la historia se empapa en una catarata de sangre y que en su estrépito se impostan gritos y carcajadas en la bestial sinfonía de la materia victoriosa. Pero no. La muerte de la materia es absoluta. En la cima del monte solo las ramas de los árboles murmuran débilmente rozadas por este viento suave que viene desde la lejanía trayendo una caricia casi imperceptible. La madrugada que reposa sobre la tierra es un lago de calma y en ella sentimos flotar cosas leves, rumores suaves que llegan desde los rumbos de las siete colinas. Nuestros ojos creen perforar la lejanía, llegar hasta el Janículo, encima del cual la luna parece inmóvil y suspensa, hasta el Vaticano, donde Nerón hizo alumbrar los jardines con las vivas antorchas de los mártires y donde ahora, en un balcón al fondo de la célebre columnata de Berhini, aparece de vez en vez una lejana figura cuya mano bendice. Los hombres creen entonces que esas manos vuelan como pájaros blancos que atraviesan mares y tierras, hasta llegar al fondo del Asia o al corazón de las Américas remotas. ¡Que extraña Roma ésta, del pavor y de la paz, de las huellas de la satánica soberbia y de las mansas manos de las que está pendiente la esperanza de millones de hombres! Nunca una ciudad tuvo como ésta el poder de contar cómo la mansedumbre mató a la violencia y cómo el soplo del espíritu derribó las murallas de la materia. El imperio romano, reino de la materia poseída, inventó una "Roma Aeterna"; el sobrevenido cristianismo descubrió más tarde otra eternidad. Entre materia y nube, entre ruina y prez, la sensibilidad escoge aquí los caminos de las dos contrapuestas eternidades.

El día avanza. Junto a nosotros cruzan ya gentes presurosas, gentes envueltas en este tiempo, en esta historia de hoy; pequeñas pobres gentes que comienzan la dura lucha de siempre, obreros que desfilan bajo los carteles del comunis Togliati. Otro sentido de la vida. Algo así como una tercera dimensión de Roma.

Nueva York, Hoguera Fría

NAVEGAMOS, ENTRE LA inmensidad, bajo la mirada de Dios. Tristemente se disuelve en el mar esta última tarde de agua y cielo de plomo, entre cuyos dos abismos las gaviotas tejen sus indecisos viajes blancos; vuelan cerca y lejos abanicando el aire con sus alas agudas; se cruzan en interminables arabescos; bajan a rozar las olas o se levantan hasta perderse de vista, para volver más tarde a pasar chillando entre el vaivén de los mástiles; vuelven incansablemente; semejan esos recuerdos tenaces que están siempre presentes en cualquier hora de la vida. Ya cuando el crepúsculo levanta una humareda de luz triste, las gaviotas desaparecen de pronto y con una leve angustia nos preguntamos donde están. Bajo la declinante tarde pulverizada, la ola se entretiene en trenzar y destrenzar lazos de espuma que se deshacen en perlas grises.

Esta hora, en que el viento suena tan débilmente, parece revelarnos el cansancio y la vejez del mar. La lejanía se ahueca en cavernas de bruma. Parecen venir de allá lejos viejas llamadas, apagados ecos, desde los estuarios más remotos del mundo, gemidos de los barcos que se hundieron hace siglos. Es esta una melancolía irremediable, como si se hubieran perdido para siempre las mañanas de sol en que el mar es tan niño bajo la alegre luz, con el agua profundamente azul, cuando la estela de los barcos es tan calada y fina como si arrastraran largas caudas de encajería nupcial, cuando en el horizonte las nubes levantan sus castillos de nácar y el mar juega y se ríe cada vez que delante de la proa brota un racimo de peces voladores que deslizan en el aire sus cien frágiles avioncitos de vidrio. Pero hoy el mar comienza melancólicamente a llorar.

A treinta millas de Nueva York, al doblar el Cabo Hatteras, una corriente de frío polar empieza a soplar despia-

dadamente, vaciando las cubiertas donde los pasajeros no se quedan ya a contar en el horizonte las columnas de humo, cada vez más frecuentes, que desde lejos señalan el paso de los navíos. Dentro de los salones cerrados, la nerviosidad del desembarco próximo les excita una sociable volubilidad y aviva el fuego de la charla. Se cruzan réplicas y estallan risas. Los frecuentes "drinks" en el bar, bajo la proyección de las lámparas, elevan cálidamente la marea del bullicio. Afuera, en el horizonte, aparecen ya frecuentes embarcaciones, indicios de la proximidad del gran puerto americano. Las firmes líneas de la costa se arrugan en estructuras que la bruma impide precisar como edificaciones o como escarpas. Dos barcos inmóviles lanzan a nuestro lado intermitentes señales luminosas, y cruza un trasatlántico de tres chimeneas, a toda marcha; su diseño magnífico semeja, entre el raso gris del mar, un hermoso juguete navideño. Los barcos se multiplican: hemos llegado a Nueva York y desde la proa, desafiando agua y viento, presenciamos la entrada.

La rada es inmensa, ceñida de interminables cadenas de destellos que señalan las líneas de la tierra. Entre el atardecer surge un bloque de costa como una iluminación de feria. Y por fin, entre los barcos que cruzan en todas direcciones como gusanos de luz, arribamos al centro de la enorme bahía, asombro del mundo.

Navegamos por las aguas del Hudson, tras de pasar a dos kilómetros de la Estatua de la Libertad que entre la infinitud marina semeja una pequeña estatua de mayólicia



con un foco en la mano. La noche y la distancia le quitan toda su grandeza. Parece un modesto arbotante francés para un salón de gusto anticuado. La olvidamos para contemplar cómo se precisa la mole de los rascacielos de Manhattan, en un agrupamiento amenazador silueteados contra el cielo rojizo y perforado de luces que escalan, que incendian hasta lo alto del firmamento.

La marcha río arriba, en que nos aplasta la magnitud de Manhattan, se ha vuelto lenta. Recordamos viejas cosas aprendidas en Paul Morand: que el Hudson perpetúa el nombre de quien lo remontó buscando comunicación entre dos mares para establecer hacia Oriente el camino de la seda; que este incendiado y trepidante Manhattan, de nombre algonquino, fue comprado a los indios por veinticuatro dólares pagaderos en cuentas de vidrio; que el Duque de York instigó el despojo hecho a los pacíficos moradores holandeses, cuando Nueva York se llamaba Nueva Amsterdam... Estas viejas cosas lo son relativamente, con una escasa vejez de trescientos cincuenta años, en números redondos. Con referencia a Europa, donde cualquier poblado conserva huellas fenicias o piedras romanas, ese poderío norteamericano, pese a su magnitud, se nos antoja cosa sin raíz, suelta en el aire, con su trepidante vivir sin espesor, sin sedimento, cuya ingravidez toda hecha de aceleración superficial se afana por ganar cada minuto con un deseo de velocidad enloquecida. Los americanos no comprenderán nunca que fue Europa la que aprovechó realmente el tiempo, no para hacer "confort" sino para transformarlo en tradición, en razón equilibrada y en belleza del vivir. Pensar en Burgos o en Siena frente a estos rascacielos nos levanta el súbito problema en que se contraponen dos valores del mundo, dos diferentes dimensiones de la vida.

Atracamos a un muelle de la margen opuesta del río. Es Hoboken, la orilla alemana de New Jersey, separada de Manhattan por un brazo de agua ancho como un mar. Pe-

ro es fácil, desde la caja de acero del muelle cerrado y sombrío, llegar hasta el corazón mismo de la urbe. Basta resbalar por los túneles perforados bajo el Hudson, iluminados, blancos y limpios como un gabinete de aseo, cuya terminal aflora en la famosa Calle Cuarenta y Dos, inmediata a Times Square, donde Broadway se vincula con la Séptima Avenida. Es el sitio en que Nueva York esplende como una gigantesca hoguera que hace de la noche una continuación del día. A Europa se va para vivir el arte y sentir la historia; a Nueva York se viene para contemplar los rascacielos revestidos de luz. Porque fuera de rascacielos y luz nada hay aquí que merezca particular contemplación. El Central Park no tiene la majestad de Chapultepec ni el decoro estético de los jardines franceses de Le Notre; es inferior a todo; a Fontainebleau, a Boulogne o al Retiro; el Museo Metropolitano tiene muchísima menos pintura que el Prado o el Friedrichmuseum; muchísima menos escultura que el Vaticano o el Louvre; muchísimos menos tapices que el tesoro de cualquier catedral española, la de Toledo, por ejemplo. Si una gigantesca tala rapara la altura de estas agujas de cemento y si un soplo devastador apagara esta enloquecedora hoguera encendida junto al oscuro borde de las aguas, nada quedaría aquí, ni una plaza armoniosa, ni un esplendoroso monumento como aquellos regados con prodigalidad en cualquier rincón de un país europeo. Sólo rascacielos y luz. Pero no es conveniente para el prestigio norteamericano pensar demasiado en los rascacielos hasta asombrarse con ellos, pues de lo contrario se les encuentra pronto la raíz europea. Son hijos de la invención británica del cemento; derivan de la modernidad arquitectónica nacida del genio de ultramar, de Otto Wagner en Viena o de Augusto y Gustavo Perret, en Francia, o de Peter Behrens en Alemania o, en el mejor de los casos para los yanquis, de Franck Lloyd Wright, americano que estudió en París. No brotaron de la impetuosidad del anhelo estético, sino de la civilización mecánizadora y de la técnica de las fabricaciones en serie; no hablan del de-

coro del hombre, como la arquitectura romana del Renacimiento o los palacios franceses de Mansart, sino del voraz e implacable "espíritu de necesidad". Por eso, como no están hechos para una diferenciada intimidad, como no se refieren al alma individual entendida como profunda y perfecta elaboración, sino que presuponen un funcionalismo en serie, son inhumanos y deshumanizantes. Obras frías de cíclopes que inventaron esta hoguera de hielo y que nada tienen de referencia con el gusto privado ni con las características psicológicas que hacen de cada hombre un ser individual. No son moradas de hombres, sino casilleros de funciones y la artificialidad de su luz no tiene relación con aquella otra, cálida y armoniosa que llena de oro el cuenco azul del aire mediterráneo y auspicia la generación sana de la vida. Por eso García Lorca, trasvasado desde su Granada esplendorosa hasta la luz helada de esta ciudad antihumana, clamaba angustiado: "Nueva York de alambres y de muerte, ¿que voz perfecta dirá en ti las verdades del trigo?".



Colmena

UNIVERSITARIA 41

ARMANDO OLIVARES

BREVE SEMBLANZA

EUGENIO TRUEBA

NO QUEREMOS QUE este homenaje a Armando Olivares funja como un hecho de nombradía previsto por él en sus momentos de éxito, mientras ambulaba inquieto y diligente por su querido y viejo Patio de Estudios. Admitamos que Armando hace ya mucho que no depende de sus vanidades, y que la conmemoración que hoy hacemos, al igual que todas, tiende a conservar entre nosotros su presencia recordada que ya nada tienen que ver con la verdadera presencia, la que escapa a nuestros sentidos y no acaba.

En cierta forma, al escoger esta alternativa, estoy invocando ya direcciones fundamentales del pensamiento de Olivares, aprendidas en sus textos escritos, en su cátedra, en su diálogo vigoroso, en los debates acalorados, en sus exposiciones improvisadas, rico torrente de ideas.

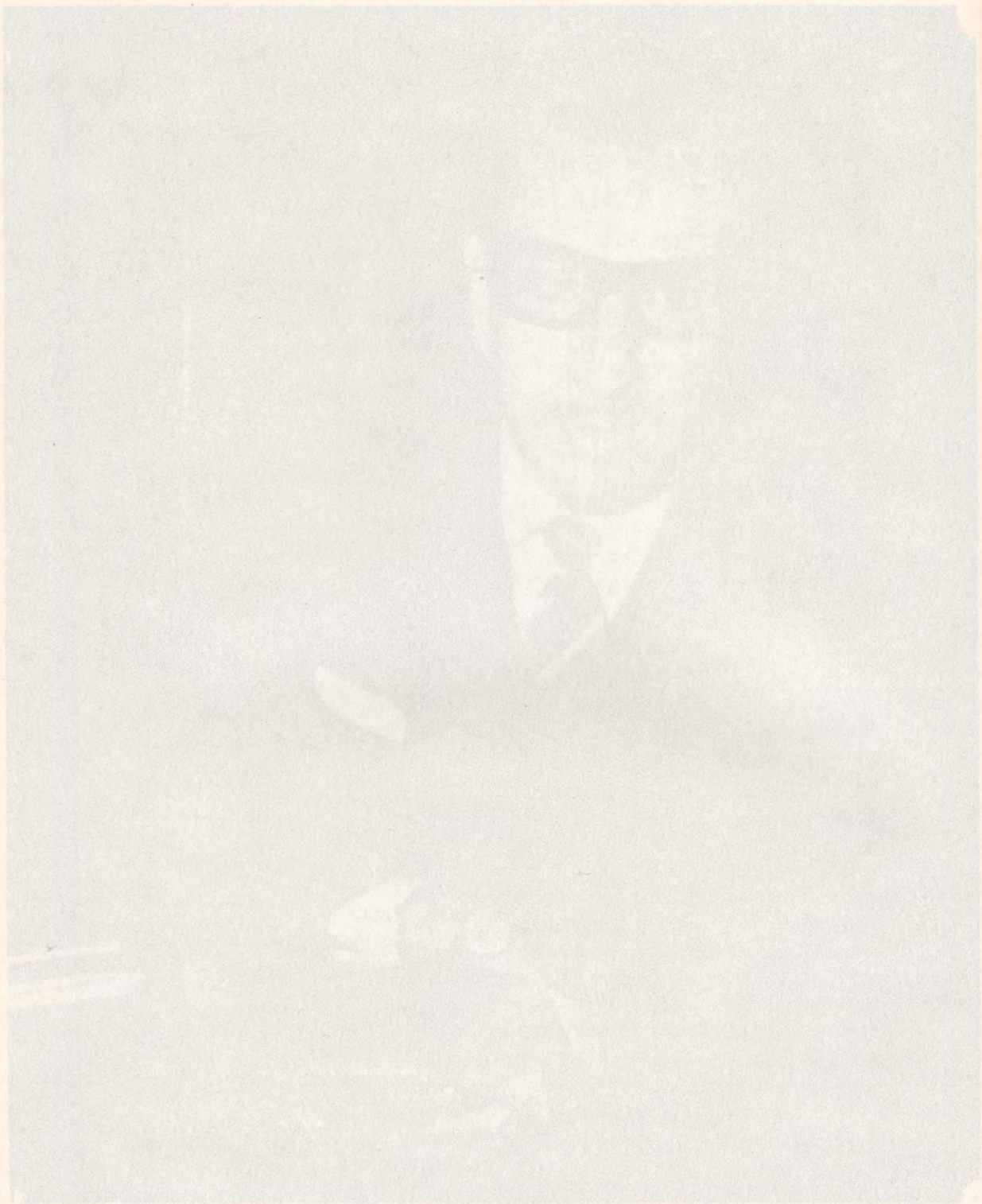
En cierta ocasión, cuando alguien objetaba su fe en una definitividad vencedora del cáncer que lo habría de matar, alegando que no convenía tal actitud a un hombre de su

nivel cultural, Armando repuso que hacía tiempo que lo único que le interesaba era el conocimiento inmediato, intuitivo. Se burlaba así un poco de quienes alegaban que no hay más verdad que la susceptible de probarse pero que no se han cuidado de demostrar que ésto sea verdad. La experimentación, tan útil a la ciencia, empobrece el campo de la especulación y vuelve miserable la faena de la Filosofía, dice textualmente en su libro "Alabanza de México".

Consideramos que la personalidad de Olivares, tan polifacética e interesante, alcanza su mejor expresión como pensador. Predominaba en sus lecturas el libro filosófico. Desde muy joven dictaba lecciones de filosofía a los preparatorianos y luego, durante varios años, cubrió la cátedra de Filosofía del Derecho. Quienes fuimos sus alumnos lo escuchábamos con cierto arrobamiento. El catedrático de cuestiones tan fundamentales como la obligatoriedad normativa, el origen del Poder, los valores sociales, no acusaba en el tratamiento del programa ninguna preocupación didáctica y aún creo que tampoco ob-



LIC. ARMANDO OLIVARES CARRILLO



MR. ARMANDO OLIVARES CARRILLO

servaba ningún programa. Someterlo a ellos era poco menos que imposible porque un borbotón de asuntos, de nuevas corrientes, de nuevos enfoques destruían en él sus escrúpulos reglamentarios para ofrecernos cada día la imagen de un profesor nuevo. En la cátedra entregaba y transmitía generosamente sus convicciones más íntimas, sus dudas de intelectual honesto, sus vacilaciones y sus contradicciones. ¿Acaso puede haber mayor acercamiento al discípulo que dirimir ante él las propias contiendas? Los hechos probaron que aquella aparente riña con la didáctica no era tal. Quien pasó por la cátedra de Olivares sufrió transformación. No eramos los mismos antes que después de su magisterio.

Honda lucha sostuvo Armando Olivares con el platonismo. Su razón se aferraba a la realidad del fenómeno particular, de las cosas y de los valores concretos; pero su emoción siempre estuvo con los arquetipos, con la Idea. Muchas veces le oímos disertar sobre esta cuestión que para él era fundamental. Dudaba del Modelo Original, de la Realidad Trascendente, del Mundo Autónomo de las Esencias, pero no admitía tampoco la solución aristotélica en el sentido de que la esencia de las cosas sólo es un dato inteligible que nuestra mente abstrae y universaliza. Platón había dicho que la Idea es una ver-

dad fuera de lo sensible. Aristóteles lo niega y hace de la esencia la forma. Esto último parece más asequible, pero menos poético.

Muchas de las exposiciones de Armando, amigo de la Filosofía, no las hacía ni en cátedra ni en conferencias, sino en las pláticas del café o del Estudio. Una vieja casa en el callejón del Venado, pobremente amueblada, cuyo mayor lujo era un tocadisco de 78 revoluciones y 4 o 5 álbumes de música llamada clásica, tal era el Estudio de un grupo heterogéneo en el cual, ciertamente, destacaba su figura. Era de todas suertes un refugio, en aquella etapa de estancamiento pueblerino de un Guanajuato económicamente mal, con la industria minera casi muerta y una Universidad incipiente nacida de un Colegio que no contaba arriba de mil alumnos ni más de cuatro carreras.

Recordamos los esfuerzos casi desesperados de Armando por transformar tal ambiente. Fue el primero que nos habló de Axiología, de existencialismo, de marxismo. Acudíamos entonces a la librería de Alfonso Cué, aquel gran viejo asturiano que durante tantos años nos surtiera a crédito los títulos que ansiosos reclamábamos, para "ponernos al día", según creíamos.

Colmena

UNIVERSITARIA 43

Haber leído a Joyce bastaba para colocarnos en un plano distinto.

En diversos trabajos se consiguan sus preferencias temáticas. En su breve estudio sobre Guadalupe Posada, donde habla de valores, dice:

“Creo que la metafísica encuentra su más firme apoyo en Platón. ‘Lo único que realmente existe son las ideas’. Tenemos la opinión de que existen las cosas blancas, por ejemplo; pero lo que realmente existe es la blancura... los objetos blancos no existen como tales, sino en cuanto participan en más o menos de la cualidad original... ¿Qué queda, por ejemplo, del ser, si lo despojamos de sus cualidades de peso, forma, composición? Y puesto que las cualidades son valiosas para formar el ser, toda especulación filosófica se vuelve un sistema de estimaciones y en el as-



pecto moderno todo se transforma en filosofía de los valores. Conocer filosóficamente una cosa, será estimar sus valores y darle rango según ellos... las cosas valen por sus cualidades; pero las cualidades son más importantes unas que otras, estableciéndose entonces entre ellas una escala de valor. Consiguientemente habrá un valor o virtud superior a todas...”

Cualquiera podría suponer que una persona tan ocupada en estos asuntos y en tratar de resolver cuestiones interiores apremiantes, estaría incapacitada para toda acción práctica. No sucedió así. Su vida intelectual no fue obstáculo para desempeñarse en otras empresas como una persona sumamente eficaz, que desplegaba con frecuencia una diligencia vertiginosa. Nada le molestaba más que la lentitud, las cosas a medias o inacabadas.

Como máxima autoridad de esta casa de estudios, le entregó su mayor y su más valioso tiempo. Aquellas ansias de trabajo eran producto de previas, largas consideraciones. Sabía que el viejo Colegio del Estado, tan querido y entrañable para tantas generaciones, cuna de muy valiosos profesionistas, requería de ensanchamiento y de transformaciones para incorporarse al ritmo del desarrollo del país mediante el avance académico.

Un afán casi obsesivo de renovación se apoderó del primer Rec-

tor de nuestra Universidad. Quien le decía que no había bases estructurales para tamaño cambio; quien, que se carecía de instalaciones adecuadas; quien, de un cuerpo magisterial suficiente; quien, de falta de recursos económicos, etc. Todos tenían algo de razón. El rango universitario podría quedar grande a la institución, aunque en realidad —como él alegaba— no es el tamaño lo que hace una universidad. Armando Olivares se avocó, de todas suertes, a ampliar las bases de suyo tan sólidas que ofrecía el viejo Colegio. Promovió la creación de las Escuelas de Medicina, la de Ingeniería Civil, la de Química, la de Enfermería, instaló laboratorios y amplió la primitiva planta del añoso edificio con el colindante de los jesuitas, que por entonces hospedaba a la Inspección de Policía. Supo formar en nosotros una nueva manera de ver las cosas. Supo también —y esto es muy importante— impulsar a los nuevos maestros. Nació entonces la Universidad de Guanajuato, no tanto conforme a una sencilla Ley Orgánica que Olivares redactó, sino de una confianza recuperada en nuestras posibilidades.

Uno de los amores de Armando Olivares eran las bibliotecas. La primitiva colección se iba destruyendo poco a poco en un viejo, húmedo y oscuro recinto. Trabajó intensamente por su conservación, casi por su rescate. Del antiguo lo-



cal la mudó al de la Capilla, hoy Salón del Consejo, y de allí al Convento de Belén, donde, bajo su nombre, se cuida y guarda tan extraordinario tesoro.

La extensión universitaria no existía. Promovió luego un trabajo editorial de cierta importancia para lo cual fundó un taller tipográfico. La revista "Umbral" fue uno de los primeros frutos.

Debemos acreditarle, sin regateos, la virtud de haber contribuido a formar un clima cultural que, aunque balbuceante, fue propicio a un desarrollo posterior que él siguió alimentando siempre que pudo, desde la rectoría o fuera de ella. Como Rector ya había salvado de la incuria y el vandalismo las bellas,

Colmena

UNIVERSITARIA 45

valiosísimas fachadas barrocas de una vieja iglesia de Marfil, que lucen desde entonces en los remates de las escaleras del edificio anexo. También promovió y consiguió el salvamento de la fachada del templo ruinoso de Rayas, trasladada al templo de Pardo, donde podemos apreciarla.

Un poco después de que iniciara su gobierno el licenciado José Aguilar y Maya, gran benefactor e impulsor de esta Universidad, Olivares fue designado Juez de Distrito en el Estado, puesto que desempeñó durante más de diez años.

Creo que el Estado de Guanajuato tiene para Olivares una deuda de reconocimiento al juez probo, justísimo, eficaz. Pocas veces la justicia federal y particularmente la justicia de amparo ha estado en tan buenas manos.

Sin embargo, no parecía que la judicatura fuese su vocación. No sé si estoy en lo justo al decir que fue un juez con un gran sentido del deber, pero sin un íntimo entusiasmo por el cargo. El Derecho era un tema que le apasionaba, más desde la especulación que desde el oficio de juez, sujeto a las presiones del trabajo intenso, burocrático en parte, fastidioso a veces; todo lo cual mencionamos para resaltar más el mérito de su conducta pública.

Colmena

UNIVERSITARIA 46

Bajo su mando el Juzgado de Distrito fue siempre un juzgado que mantuvo al día sus labores; jamás hubo allí rezago, desgano, o diferimiento injustificado. Personalmente Olivares atendía las audiencias constitucionales y en ellas mismas o a más tardar en 24 horas, dictaba sentencia. Su rectitud y honradez eran atributos notorios, pero tal condición no le impedía ser un juez accesible, abierto a las partes, enemigo de formalidades.

Su gran calidad de juzgador se debió en parte a que no era un juez legalista ni mucho menos tecnicista. Siempre iba al fondo del asunto. Se formaba primero una opinión en justicia y luego buscaba la ley en la cual apoyarla. Si no encontraba este apoyo, peor para la ley, no para la justicia. Resolvía como su conciencia le aconsejaba. La siguiente anécdota pone de manifiesto que tal era en muchos casos su forma de actuar. Cierta vez fue detenido un muchacho, leñador de la sierra, atrapado infraganti con varias cargas de pingüica que llevaba en un par de burros a vender. Se trataba de un delito forestal, entonces gravemente calificado. El muchacho no negó que era leñador, que nada sabía de permisos forestales ni guías ni licencias de traslado de madera ni nada. No sabía leer. Vestía andrajos y huaraches. ¿Qué hacer? Estaban comprobados todos los extremos de aquel delito

contra la riqueza forestal. El defensor de oficio pidió a Olivares escuchase su confesión con el ánimo principal de que examinase la condición del delincuente. Terminada la diligencia, el juez llamó al secretario y le dio órdenes de soltura, lo cual ponía en serios aprietos al subalterno porque legalmente procedía la prisión y no la libertad. Le preguntó entonces al juez: “¿Cómo podré preparar una resolución de libertad, con qué fundamento?” Olivares contestó rápida y categóricamente: “Sin fundamento, pero que sea excarcelado de inmediato”.

Tal conducta judicial no era arbitraria ni mucho menos. Olivares gustaba de sacar sus teorías a la calle, a la realidad. Dejó escrito un breve y jugoso texto que nos ayuda a entenderlo mejor. Dice: “Buscar las nociones del Derecho en el solo registro de la ley positiva equivale a destruirlo. ¿Dónde podría radicar cuando en el mudar incesante, cada variación de las leyes positivas arroja sobre la etapa corregida un anatema de ilegalidad? La historia del Derecho no sería sino el recuento encadenado de lo antijurídico y esa propia condición negativa debería entonces prolongarse lógicamente hacia el futuro... Al Derecho sólo lo salva la Metafísica, que es el esfuerzo por hacerlo inteligible, aportando el dato de una alta visión ordenadora del caos”.

o Cuando alguien le reprochó cier-

ta vez su poca reverencia por los textos, alegando lesión a la seguridad jurídica, Armando contestó serenamente: “Prefiero administrar una inseguridad justa que una injusticia segura”.

El lenguaje profesional de Olivares, lacónico, directo, y hasta descuidado, contrasta grandemente con su lenguaje literario. Su actividad como escritor, como ensayista, como orador, merece más tiempo del que se puede disponer en una sencilla plática evocatoria.

No fue muy generoso en su obra escrita y a veces lamentamos que el exceso y variedad de sus tareas, como universitario, como funcionario, como promotor, etc., le haya robado tiempo a las letras.

No sabemos a qué darle preferencia, si a sus narraciones de fic-



ción o a sus ensayos. Hay gran diferencia de estilo entre las primeras y las segundas. Los cuentos se encuentran recopilados en un libro de la Editorial Los Presentes que dirigía Juan José Arreola y en la publicación especializada "Garabato". Poseedor de amplios recursos idiomáticos, asoma con frecuencia la frase culta del autor. Pero aún así, el cuento de Olivares está mucho más al servicio de los sucesos que del estilo, en ocasiones intencionalmente familiar. No sucede lo mismo en sus ensayos, cuyas tesis siempre están enmarcadas en un pulido discurso, rico de voces y cláusulas laboriosamente preparadas. Otra característica de sus ensayos es el apoyo constante, abrumador, en las citas.

La verdad es que Olivares no oponía gran resistencia a las formas barrocas que siempre le tentaron. La función descarnada, el andamiaje de las ideas sin vestidura, era algo que no correspondía a su estilo. Sostenía que así como la arquitectura desaparece si se reduce a su destino funcional, indiferente a la estética, las letras no estaban totalmente al servicio del asunto, sino más bien al revés, el asunto al servicio de las letras.

El barroco era además un material repetidamente examinado en

muchos de sus escritos. Lo consideraba el mejor signo del mestizaje. La inestabilidad del mexicano es para Olivares un necesario movimiento pendular entre lo indio y lo europeo. No hay moderación ni quietud en la forma en que el mexicano vive su mestizaje. Dice: "Hombre esforzado en la efusión desbordada o en el odio denso y secreto como una brasa sepulta". "Su arte es también así, descomunal o mínimo". "Piedra para fincar lo eterno o chillante color donde el aire dibuja toda finura", como en las pirámides y en los papeles picados de las ferias.

No es el mexicano el producto de un proceso en el cual las diferencias se van asimilando para perfilar un tipo; sino resultado de un choque brutal, en virtud del cual los protagonistas originales aún luchan entre sí en cada uno de nosotros. Que no se nos pida, pues, moderación y que se reconozcan los delirios de las formas como expresiones lógicas de nuestra manera de ser.

Al analizar el lado indígena, en uno de sus ensayos Olivares afirma: "Si penetrásemos más en la costumbre filosófica y religiosa, confesaríamos que ningún pueblo de la historia ha tenido una personalidad más propia, construída sobre la base de un extraordinario culto místico-erótico de la muerte... Ser sacrificado será evitarle

a la carne la caída en la nulificación de una muerte ordinaria y la elevación hasta los ámbitos de la divinidad". Y aunque el europeo condena esa forma de muerte, porque lo Sacro ya no está en el matar sino en el no matar, hay aquí un punto de entendimiento, por llamarlo así, que consiste en destinar la vida a un lugar superior, el de la cuarta mansión indígena o el del cielo.

Tanto en sus cuentos e historias como en trabajos de otro género, Olivares se ocupa tenazmente de la muerte, que resulta ser con su barroquismo, un signo más de mestizaje.

A muchos nos consta cómo Olivares, persuadido de esta verdad, iluminó escatológicamente los últimos años, los últimos meses de su vida y multiplicó sus acciones y empresas, febrilmente.

En lo personal opino que se apoderó de él un impulso teotrópico,

un ansia de saber, sin claudicación de lo vital, en perfecta armonía con sus últimas convicciones. "El hombre no es solo insuficiencia radical y desamparo ontológico sino presentimiento de plenitud substancial". "El movimiento espiritual quizás no quede sepultado en la fosa". Según el pensamiento griego, tan querido de Armando, sólo huyó, como Sócrates, aquel día en que por fin le asaltó la muerte, solo, en el cuarto de un hotel, a los cincuenta y dos años de edad, el 13 de octubre de 1962.

Armando usaba a veces en sus libros, como un símbolo, la figura de un mancebo indio que lleva a sus espaldas una jaula de aves, figurilla que él mismo copió de algún códice. Cargado de aves. ¿El viento confinado? ¿El espíritu preso? En todo caso creemos que Armando lo ha liberado y que él mismo, en su encuentro con la Verdad, es libre.



PLATE I



Fig. 1. Flowering branch of the plant.

Fig. 2. Magnified view of the fruit.

Fig. 3. Magnified view of the seed.

Fig. 4. Magnified view of the embryo.

Fig. 5. Magnified view of the root.

Fig. 6. Magnified view of the stem.

Fig. 7. Magnified view of the leaf.

Fig. 8. Magnified view of the petiole.

Fig. 9. Magnified view of the base of the plant.

PLATE II



Fig. 1. Flowering branch of the plant.

Fig. 2. Magnified view of the fruit.

Fig. 3. Magnified view of the seed.

Fig. 4. Magnified view of the embryo.

Fig. 5. Magnified view of the root.

Fig. 6. Magnified view of the stem.

Fig. 7. Magnified view of the leaf.

Fig. 8. Magnified view of the petiole.

Fig. 9. Magnified view of the base of the plant.



